

OFRENDA Y SACRIFICIO DE CRISTO

Cristo ha realizado la salvación mediante el Misterio Pascual en la Ofrenda que ha hecho de sí mismo al Padre, de una vez por todas. Quiero recordar esto, no porque se duda, pero a veces nos olvidamos que Cristo, de una vez para siempre, ha realizado la Salvación, ha ofrecido al Padre el sacrificio de sí mismo y ha entregado a la Iglesia este caudal de vida, esta fuerza de vida; pero Cristo, por la ofrenda de sí mismo y por la entrega de esa ofrenda a la Iglesia, que se actualiza en los Sacramentos de la Gracia, especialmente en la Eucaristía y la Penitencia, Cristo se ha entregado y se entrega permanentemente, como dice la Carta a los Hebreos. Cristo, de corazón vivo, el Señor Resucitado, se entrega por la Iglesia y por los hombres, intercediendo en su favor. Y esta entrega se ha hecho de una vez por todas, palabra que tanto aparece en Hebreos, (en griego "apax"), que significa "de una vez para siempre". El sacrificio de Cristo, en ese sentido, es irrepetible, es único. La liturgia lo actualiza, lo hace presente en cada momento de la historia, pero es el único y definitivo Sacrificio de Cristo, que se ofreció, dice la Carta a los Hebreos, por medio del Espíritu eterno, en contraposición a los sacrificios de la Antigua Alianza que, dice el autor, se ofrecían según prescripciones carnales de la ley mosaica. Cristo, en el momento culminante de su vida se ofrece al Padre por medio del Espíritu eterno.

Esta verdad sustancial de la fe que nos lleva al Misterio de la Redención del hombre, la tenemos que tener siempre en nuestra conciencia y en nuestra espiritualidad, fresca y viva. No podemos olvidarla, y es el gran motivo de gozo y de esperanza y de entrega al Apostolado. Y vosotros, que hacéis vuestro ofrecimiento, vuestra entrega, vuestra ofrenda de vida, os apoyáis aquí, y vivís de aquí. Todo cristiano vive de aquí, pero vosotros con mucha conciencia.

Cuando San Pablo habla de este Misterio de la Salvación, habla de él con un tono de cordialidad y de afecto cristiano, que muchas veces nosotros perdemos. Cuando dice San Pablo: Cristo me amó y se entregó por mí, o en plural, nos amó y se entregó por nosotros, amó a la Iglesia y se entregó por ella santificándola... Son fórmulas paulinas, pero que recogen las primeras expresiones de la catequesis cristiana primitiva: las fórmulas del Siervo de Yahvé. San Pablo las recoge, las acoge y las personaliza: "Me amó y se entregó por mí". Tiene conciencia clara de que Cristo ha dado la vida por él, por los muchos, por todos, por la humanidad. En la Carta a los Hebreos, este acto de entrega aparece magistralmente descrito en el capítulo 10, donde el autor pone en labios de Cristo unas hermosas palabras para expresar qué es el Misterio de la Encarnación. Cuando Cristo entra al mundo y ve que no los sacrificios de la Antigua Alianza eran capaces de satisfacer y de agradar al Padre, el mismo Cristo dice: "Heme aquí, ¡Oh Padre! que yo vengo para hacer tu voluntad". Y en virtud de esa voluntad somos santificados por la ofrenda de Nuestro Señor Jesucristo.

Pocos textos tan bellos sintetizan el Misterio de la Redención. Cristo ha entrado en este mundo para cumplir la voluntad del Padre, y en virtud de esta voluntad del Padre, de este deseo que cumple, se entrega, se ofrece, para que nosotros seamos santificados. Es la entrega del Siervo de Dios, del Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza y que recoge la conciencia que Cristo ha tenido en el momento salvador. Y esta ofrenda es para todos los hombres, es universal. El sacrificio de Cristo como sabéis, tiene intención y valor salvíficos universales.

Mons. Cesar Franco Martínez
Obispo de Segovia

